

TARZÁN DE LOS MONOS: UNA UTOPIA AMERICANA DEL SIGLO XX.

MARISOL DORAO
Universidad de Cádiz

UTOPIAS.

Según Northop Frye (1) existen dos concepciones de la sociedad que sólo pueden expresarse en términos de mito. Una es el contrato social, que ofrece una explicación de los orígenes de la sociedad, y la otra es la utopía, que presenta una visión imaginativa del fin que la sociedad busca. Lo cual viene a decir que la primera concepción nos da la imagen de la sociedad que tenemos, y la segunda la de la sociedad que nos gustaría tener.

Eso hace que los dos mitos comiencen por un análisis del presente, es decir, de la sociedad con la que se encuentra el creador del mito, proyectando dicho análisis en el tiempo, o en el espacio, resultando que el contrato se proyecta hacia el pasado mientras que la utopía hace una proyección doble, ya que puede dirigirse, bien hacia un futuro hipotético, o hacia un lugar lejano.

Esta dicotomía nos ofrece, en principio, dos clases de utopías: una que presenta cambios en el tiempo, y otra cuyos cambios se dirigen hacia el espacio. A la primera pertenecen los viajes fantásticos, que no tendrían que ser necesariamente hacia el futuro, pero que, en su mayoría, lo son (2). Y a la segunda, que es quizás la más numerosa, pertenecen los lugares inventados donde se piensa que se va a vivir mejor, que es el caso de Edgar Rice Burroughs, como veremos más adelante.

La mayor parte de los autores señalan el Renacimiento como la época en que se originaron las utopías, quizás porque una de las más conocidas es la de Tomás Moro (que, por cierto, fue el inventor del término: del griego EU, bueno, y TOPOS, lugar) pero no hay que olvidar que Platón puede ser considerado uno de los primeros utópicos (3): Tomás Moro y Campanella se apoyan en la «República» de Platón para argumentar que esa sociedad deseable, en la que no vivimos pero en la que deberíamos vivir, no es inalcanzable. En cambio, algunos de los utópicos ingleses que le siguieron lo consideran como algo inexistente: por eso Samuel Butler llama a su utopía «Erewhon», que es la palabra «nowhere» (ninguna parte) leída al revés, y la obra utópica de William Morris se llama «News from Nowhere» (Noticias de ninguna parte)(4).

Northop Frye (op. cit.) considera que existen tres tipos de utopía:

1.-la directa

2.-la pedagógica, y

3.-la satírica.

La primera presenta un Estado que se supone ideal, al menos en comparación con el existente. En este apartado, además de la ya mencionada «Utopía» de Tomás Moro, podemos mencionar las fantasías de H.G. Wells, y de Aldous Huxley. En la segunda podemos ubicar el «Emilio» de Rousseau, y posiblemente «El príncipe», de Maquiavelo y «El cortesano» de Castiglione. Estas dos últimas, con la «Utopía» de Moro forman una trilogía renacentista perfectamente unitaria.

La utopía satírica presenta las metas sociales en términos de esclavitud, anarquía o tiranía. Aquí podemos incluir «1984» de G. Orwell (1903-1950) y «Los viajes de Gulliver» de J. Swift (5).

UTOPIAS AMERICANAS.

Para algunos autores, una de las primeras utopías americanas fue «Walden» (1854) de Henri David Thoreau (1817-1862), subtítulo «La vida en los bosques», que es un canto a la libertad en contacto con la naturaleza. O incluso «Civil Disobedience» (1854), del mismo autor, que es una apología de una sociedad sin leyes. Aunque, en realidad, estas dos obras no fueron sino relatos de dos experiencias personales del autor, que no tuvieron gran impacto en el terreno social. Pero hay una obra de Washington Irving (1783-1859), «Rip Van Winkle», que puede muy bien considerarse utópica, por lo que tiene de escapista, ya que es un viaje desde un presente lúgubre a un futuro esperanzador, aunque el escapismo no se refiera a una sociedad sino a una forma de vida.

Rip, el protagonista, que tiene una esposa insopportable y de vez en cuando se va a los bosques a descansar de ella en contacto con la naturaleza, se encuentra en una ocasión con unos amables gnomos que le dan a beber un licor que le hace dormir veinticinco años. Cuando despierta se encuentra con una ciudad totalmente distinta, y, naturalmente, sin su mujer.

El autor aprovecha la circunstancia para mencionar el proceso tecnológico ocurrido durante esos veinticinco años, que supone una gran mejoría de vida. En Estados Unidos, por ser un país joven, los grandes cambios iban teniendo lugar después que en Europa, pero, en realidad, respondían a las mismas exigencias.

Sin embargo, frente a la vieja y desgastada Europa, América presentaba grandes oportunidades económicas; el dinero fluctuaba continuamente, subiendo y bajando sin cesar, lo que dio lugar a unos cambios de situaciones políticocoeconómicas que se llamaron «pánicos» y que iban seguido por unos períodos de desestabilización económica denominados «depresiones».

El primer «pánico», que dio origen a la expresión, tuvo lugar en 1819, cuando la independencia de las colonias estaba casi recién estrenada, y los

Estados Unidos empezaban a tomar forma. La inestabilidad política desestabilizó la economía, y la primera «depresión» tuvo lugar en 1820.

El segundo «pánico» ocurrió en 1837, y en la depresión subsiguiente se cerraron fábricas, se perdieron cosechas, y aquel invierno hubo gente que murió de hambre. En 1888, después de la segunda depresión, se publicó un libro, «*Looking Backward*» (6), que tuvo un éxito fulgurante: parecía como si viniera a traer a los norteamericanos la inyección de optimismo que estaban necesitando. De la noche a la mañana el autor, Edward Bellamy, pasó de ser un oscuro periodista a quien casi nadie conocía, a convertirse en el autor más leído. El primer año se vendieron 60.000 ejemplares, y las ventas siguieron subiendo los años siguientes.

El mismo Bellamy no comprendía muy bien este fenómeno, ya que su intención al escribir el libro había sido, simplemente, presentar una inocente fantasía utópica y de ninguna forma había pensado que su obra fuera a prestar una seria contribución al pensamiento social: «*Looking Backwards*» había sido pensado solamente como una simple fábula de bienestar social.

El libro, que tiene algunos puntos de contacto con el inglés, antes mencionado, «1984», tuvo en su tiempo un influjo estimulante y emancipador sobre el pensamiento social de la época, pero desde nuestra perspectiva actual a muchos nos parecería un siniestro proyecto de tiranía, con su ejército de obreros, su estentórea propaganda comunicada por teléfono a los hogares, y otras maniobras por el estilo.

Y es que la utopía tecnológica tiene una desventaja literaria: sus predicciones se quedan en seguida cortas, porque lo que el escritor contempló como algo extraordinario, a nosotros nos parece solamente una versión de la vida cotidiana. Por ejemplo, en «*Looking Backward*» aparece una predicción de la radio, invención a la que llaman «teléfono» utilizando la etimología griega, y que, como hemos visto, sirve para usos publicitarios o políticos.

Otros de los temas que Bellamy toca, y reforma para mayor comodidad del usuario, son las escuelas, las tiendas (presenta un interesante proyecto de tarjetas de crédito), la música, adelantando algo parecido a las cintas y diskettes, y a los despertadores musicales, el «ejército industrial», la ausencia de cárceles tal como se consideraban entonces, etc...

En una novela anterior, «*The Diothas*» (1883), de John McNie, se predice el empleo de carroajes sin caballos que pueden alcanzar una velocidad de 20 millas por hora, y más si van cuesta abajo, y hay un personaje que habla de una maravilla que consiste en:

«...una línea blanca que corre por el centro de la calzada. La ley de la carretera exige que el vehículo se mantenga a la izquierda, salvo cuando se trata

de adelantar a otro. Entonces hay que atravesar la línea, siempre que el camino esté libre por ese lado».

Lo realmente triste de estas utopías es que, mientras la tecnología ha ido avanzando más allá de todos estos sueños utópicos, la calidad de la vida humana no ha mejorado en la misma proporción. Lo importante de las utopías no es, o no debe ser, presentar un Estado sin defectos, ni un país tecnológicamente avanzado, sino uno que haga posible para sus habitantes toda la libertad y la felicidad de que es capaz la vida humana. Algo que no existe, pero que deseáramos que existiera; es decir, una sociedad ideal en la que no vivimos, pero en la que deseáramos vivir.

Frente a estas utopías tecnológicas, ya hemos visto anteriormente en la literatura norteamericana otras utopías a las que podríamos llamar «pastoriles», como el libro ya mencionado «Walden» de H.D. Thoreau, la más representativa de su género y uno de los libros más subversivos que se han publicado en América. El autor parte de la base de que, para llevar la mejor vida posible, el hombre necesita bastante menos de lo que piensa, y, puesto que la civilización, tal como la conocemos, ha crecido según la técnica de complicar las cosas, el verdadero sentido utópico sería rechazar la civilización.

Lo que hace importante en la literatura la convención pastoril es un criterio de lo socialmente esencial, y ninguna obra ha expresado este criterio más claramente que «Walden».

Por eso es posible clasificar las novelas de Edgar Rice Burroughs (1875-1950) como una utopía americana del siglo XX, especialmente en lo que se refiere a su personaje estrella, el mítico Tarzán de los monos.

UNA UTOPIA AMERICANA DEL SIGLO XX, Y SU AUTOR.

Edgar Rice Burroughs, el creador del personaje Tarzán y de su mundo, un continente africano que tiene pocos puntos de contacto con el real, nació y creció en una céntrica zona de Chicago (7). La casa familiar era grande, sólida, y de aspecto respetable, pensada para una familia numerosa: todo un símbolo de prosperidad.

Edgar, un niño rubio y pálido que durante toda su infancia estuvo delicado de salud, era el menor de cuatro hermanos, todos varones. Sus hermanos, por los que él sentía una admiración sin límites, eran muy aventajados en deportes: Edgar hubiera querido ser como ellos, pero su delicada salud no se lo permitía. En cambio, él tenía una inteligencia más aguda que la de ellos, además de un gran sentido del humor, una enorme imaginación y una curiosidad sin límites, cualidades de las que sus hermanos carecían.

Cuando terminó la enseñanza primaria, y puesto que sus hermanos se habían graduado en Yale, Edgar quiso ir también a la Universidad, y consiguió

entrar en Harvard en 1888, pero salió en 1892, sin haber llegado a graduarse. Con sus hermanos, empezó a trabajar en una fábrica que había montado su padre, la Compañía Americana de Baterías, pero, al poco tiempo, su salud empezó a resentirse, y su padre les instaló un rancho en el estado de Idaho.

Allí, trabajando al aire libre con caballos y ovejas, su salud mejoró, y fue entonces cuando se le empezó a desarrollar la extraordinaria pasión por los animales (menos por los gatos) que habría de durarle toda su vida. Como parecía sentir una especial predilección por los caballos, su padre le matriculó en la Escuela Militar de Michigan, donde fue muy feliz haciendo prácticas de equitación, pero donde no duró mucho debido a su tendencia a la indisciplina. No llegaron a expulsarle porque se escapó y se marchó a su casa.

Su interés por la preparación física, quizás a causa de su delicado estado de salud cuando era niño, fue una de sus grandes preocupaciones, que se verá más tarde reflejada en los protagonistas de todas sus novelas, que son todos jóvenes, fuertes, valientes y muy bien preparados físicamente: el capitán Carter, David Innes, Tarzán de los monos, etc...

Las influencias de su padre hicieron que volvieran a admitirle en la Escuela Militar de Michigan (después de un fallido intento de ingresar en West Point) con el puesto de Comandante Ayudante, lo que incluía dar clases de tiro, de equitación, de tácticas y de geología. De esta última materia no tenía la menor idea, pero se puso a estudiarla desesperadamente, y consiguió ir, por lo menos, una lección por delante de sus alumnos. Más adelante, aquellos estudios de geología le servirían para estar bien documentado al escribir los libros de aventuras sobre viajes al centro de la tierra: «At the Earth's Core» y siguientes.

Solamente estuvo un curso como profesor, y al año siguiente, la novelería y el romanticismo le llevaron a alistarse en el Séptimo de Caballería, donde sólo estuvo un año, y allí terminó su carrera militar el 23 de marzo de 1897.

Desde aquel momento estuvo buscando trabajo, y, aunque no tardaba en encontrar ocupación, su temperamento inestable hacía que se cansara enseguida de todo.

Dos años después, por pura casualidad, Edgar leyó un libro que más y ademas conservó en su biblioteca como un tesoro y que se llamaba «Descent of Man», escrito por un tal Charles Darwin, que estaba teniendo mucho éxito a causa de sus ideas revolucionarias sobre el origen de las especies animales y de la especie humana en particular.

En 1859, Charles Darwin había publicado en libro que le daría más fama, cuyo título completo era «On the Origin of The Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of the Favoured Races in the Struggle for Life». Este es el título completo de lo que normalmente se conoce como «El origen de

las especies», donde expresó su teoría de la «supervivencia del más dotado» («the survival of the fittest»).

En este libro, que es prácticamente una trilogía, hablaba de todas las especies vivientes, pero en el que le siguió, «Descent of Man» (El origen del hombre) se dedicaba especialmente al ser humano. En el tercer libro de la serie, «Sequels to the Origin, or the Expression of the Emotions in Man and Animals» («La expresión de las emociones en el hombre y en los animales»), publicado en 1872, el autor trataba de suprimir la última barrera entre los seres humanos y los no humanos. Esa barrera era la idea de que la expresión de sentimientos tales como el sufrimiento, la ansiedad, la desesperación, la alegría, la dedicación, el odio y la ira, eran exclusivos del ser humano, pero Darwin sostenía que todos aquellos sentimientos también podían ser conocidos por los «no humanos».

En la primera página del libro de Darwin propiedad de E.R. Burroughs está escrito su nombre con la fecha «Jan. 99», debajo de la cual aparece, dibujado a lápiz, un mono en la postura típica, inclinado hacia delante, con los largos brazos caídos y los nudillos rozando el suelo. Al lado del dibujo está escrito: «El abuelo», refiriéndose, no sólo al suyo propio, sino al de toda la especie humana.

El dibujo, y su conexión con las ideas de Darwin pueden aclarar la fecha aproximada, 1898, en que la idea de «Tarzán de los monos» empezó a rondar la mente de su autor, que entonces tenía 23 años.

En el «Chicago Examiner» del 4 de abril de 1918 apareció un artículo firmado por E.R. Burroughs, titulado «Cómo llegué a convertirme en escritor». Su autor contaba cómo, en julio de 1911, sentando en su diminuto despacho de Chicago, dándole vueltas a una nueva idea que tenía en la cabeza, aunque todos los negocios que había intentado últimamente le habían salido mal.

Pidió prestada a un amigo una habitación y una mesa para ponerse a trabajar sobre esta nueva idea, con la que estaba seguro de que iba a ganar mucho dinero: una fábrica de sacapuntas.

LLegó a montarla, y llegó incluso a vender algunos sacapuntas, pero representaban una ganancia demasiado pequeña para poder mantener a su familia. Así es que decidió dejarlo todo y ponerse a escribir.

Como más tarde recordaría, lo suyo no fue un caso de INSPIRACION sino de DESPERACION. Por fin había comprendido, aunque hubiese tardado tantos años, que el mundo de los negocios no se había hecho para él:

«Mi aventura en el mundo de los negocios siguió el mismo camino que mis otras aventuras, y, como tantas otras veces, acabé encontrándome sin dinero...pero esta vez tenía detrás de mí a una esposa y a dos hijos pequeños».

E.R. Burroughs se había casado, el 31 de enero de 1900, con una amiga suya de la infancia. Emma Hulbert. Los primeros años vivieron en casa de los Hulbert, y, en 1907, la madre de Emma les dejó un piso que la familia tenía en las afueras de Chicago; E.R. consiguió un empleo de dependiente en los Almacenes Sears.

Entre sus papeles de aquella época aparecen las copias de unas cartas que escribió a una importante librería de Chicago pidiendo los precios de dos libros. El primero se titulaba «Cómo cuidar de un recién nacido», y el segundo «Cómo identificar las huellas digitales». El primero de los temas estaba relacionado con el hecho de que su mujer estuviera embarazada, y el segundo, que, como veremos después, también tenía que ver con niños, fue utilizado para averiguar la identidad del protagonista de la primera novela de la serie que le hizo famoso.

LOS PRECEDENTES DE TARZÁN DE LOS MONOS.

En efecto, gracias a que Lord Greystoke imprimió las huellas digitales de su hijo en el diario que escribía en la selva, se pudo saber que Tarzán era John Clayton, el único heredero del aristócrata inglés.

Sin embargo, no fueron las novelas de Tarzán las primeras que E.R. Burroughs escribió, aunque fueran las que le proporcionaron mayor fama. El libro que le abrió las puertas del éxito fue la novela «Bajo las lunas de Marte» (título que después cambió por «La princesa de Marte»), donde el autor hace referencia a la Guerra de Secesión, a sus experiencias en el Séptimo de Caballería, y a sus años de buscador de oro.

John Carter, el protagonista, un virginiano que, una vez terminada la Guerra de Secesión, se encuentra sin trabajo, se va al oeste en busca de fortuna y encuentra oro en Arizona (los estudios de Geología que E.R. estuvo haciendo en la Academia Militar le vinieron muy bien para ambientarse).

Ante un ataque de los indios apaches, Carter busca refugio en una cueva, donde se queda dormido, y, por medio de una proyección psíquica, es transportado a Marte, el planeta de la guerra. La aventura es a la vez política, militar, y hasta social, porque la fuerza y la inteligencia del ex-capitán de caballería y ex-buscador de oro consiguen resolver todos los conflictos de Marte, donde luchan entre sí las razas existentes. Los marcianos de raza verde están sojuzgados por un tirano de raza negra: John Carter les libera y libera también a la mujer que ama, «su» princesa de Marte, la bellísima Dejah Thoris.

Después de las diez novelas de Marte, que también se podrían clasificar de utópicas, puesto que el autor describe un nuevo estilo de sociedad, escribió cinco sobre Venus, y otras tantas sobre viajes al centro de la tierra, pero el editor tuvo miedo de que los lectores se cansaran de tanta fantasía y le pidió al autor que buscara un tema más realista.

Y así fue como E.R. Burroughs volvió al tema que había tenido en mente desde que cayó en sus manos la obra de Charles Darwin.

TARZÁN DE LOS MONOS.

Desde el nacimiento de su primer hijo, E.R. no había dejado de darle vueltas a una idea que tenía en la cabeza, una historia que empezaba precisamente con un niño pequeño rodeado de animales. En varias ocasiones, él había explicado que la primera idea se la dio la antigua leyenda de la fundación de Roma, y los dos niños amamantados por la loba.

Está claro, y él nunca lo negó, que parte de esta inspiración le vino también de los «Jungle Books» de Kipling. Así como Kipling escribió la historia del niño-lobo poco después del nacimiento de su primera hija, E.R. pensó en la posibilidad de presentar a un niño pequeño que viviendo en la selva rodeado de fieras, poco después de haber nacido Joan, la primera de sus hijos.

Kipling inventa un idioma para los animales, y les pone nombres. Así vemos que el jefe de los lobos se llama Akela, Baloo el oso, y Kaa, la serpiente pitón. El nombre de Mowgli, el protagonista del libro de Kipling, significa «rana», y le llaman así porque su cuerpo está desprovisto de pelo.

E.R., que había inventado una civilización en Marte cuando escribió las historias de John Carter, con un idioma propio y hasta una forma especial de jugar al ajedrez, inventa ahora un idioma en la selva africana: así vemos que TAR significa BLANCO, ZAN significa PIEL (con lo que ya se explica el nombre del protagonista) MANGANI significa HOMBRE, y GO significa NEGRO. Y como en el libro de Kipling, también los animales de la selva tienen su nombre: NUMA el león, SABOR, la leona, SHEETA, la pantera, etc...

El argumento de «Tarzán de los monos», primer libro de lo que después sería una larga serie, empieza con un viaje por mar que emprenden un noble inglés, Lord Greystoke, y su esposa (8). Tras un motín en el barco, la pareja es abandonada en una playa de la costa africana, con algunos enseres que les permitirán sobrevivir. El tema era muy popular en la época, no sólo por el recuerdo del inmortal «Robinson Crusoe», de Defoe, del siglo dieciocho, sino por el más reciente de «The Swiss Family Robinson» («El Robinson suizo»), que había tenido un gran éxito en Estados Unidos. La historia de E.R. se acercaba más al Robinson suizo, ya que tenía un carácter familiar que el de Defoe, un hombre solo, no tenía.

Lady Greystoke da a luz un niño en la casa que su esposo le ha construido con los útiles materiales, sabiamente escogidos, que les dejan llevarse del barco, pero, tras numerosas vicisitudes, los padres mueren, y el niño queda solo en la cabaña, oportunamente construida en lo alto de un árbol, de donde es recogido y adoptado por la mona Kala, que acaba de perder a su cachorro.

(En el original inglés se hace una distinción, que en español no existe, entre «apes» y «monkeys», refiriéndose, principalmente, a su tamaño. En algunas versiones españolas se traduce por «monos» y «micos»).

E.R. había estudiado, principalmente a través de la obra de Darwin, las costumbres de estos animales africanos, pero no fue tan cuidadoso en el estudio de la fauna del continente que servía de base a su historia; ya que en la primera aparición de «Tarzán», todavía en formato de revista, y quizás influído por la obra de Kipling, colocó tigres en la selva africana. Un lector escribió a la editorial, que avisó al autor, y en la siguiente edición los tigres fueron convenientemente sustituidos por leones (9).

Después de mucho tiempo, el pequeño cachorro lampiño de Kala descubre un día, en sus correrías por la selva, la cabaña que habitaron sus padres. Abre la puerta y entra. Entre numerosos enseres que él no recordaba, encuentra tres cadáveres momificados, dos adultos y una cría. Más tarde averiguará que los adultos son sus padres, y la cría el hijo muerto de Kala a quien él sustituyó.

Y también descubre libros: libros de adultos que al principio no le interesan porque no tienen más que «bichitos» negros sobre páginas blancas, y libros infantiles: cartillas para aprender a leer, con muchos dibujos que correspondían a las letras. Lord Greystoke, previniendo la llegada de un posible vástago, había preparado lo necesario para su educación.

Y así vemos cómo un inglés sin civilizar, pero con unos genes intelectuales muy fuertes, se siente de tal modo subyugado por aquellos «bichitos» negros acompañados de dibujos a color, que, trabajosa y pacientemente, a lo largo de numerosas visitas a la cabaña, aprende a leer la letra impresa, y a reproducirla. No aprende a hablar porque nunca lo ha oído, ni tampoco aprende la palabra manuscrita.

Pasan los años y el niño-mono se convierte en adulto. Muere su madre adoptiva, Kala, y Tarzán abandona la tribu, en parte porque Kala era el vínculo que le unía a los demás, y en parte porque, desde que descubrió la cabaña, algo le impulsaba a aprender más sobre aquel extraño sitio y sus desconocidos habitantes.

Bastante tiempo después llega un grupo de hombres blancos, encuentran la cabaña y ven un letrero en la puerta:

ESTA ES LA CASA DE TÁRZAN, EL QUE HA MATADO FIERAS Y MUCHOS HOMBRES NEGROS. NO SE OS OCURRA ESTROPEAR LAS COSAS QUE SON DE TÁRZAN. TÁRZAN VIGILA.

TARZÁN DE LOS MONOS.

(El autor no llega a explicar en ningún momento cómo Tarzán, por sí mismo, pudo aprender el correcto empleo de la sintaxis).

La expedición estaba dirigida por el profesor Porter, de Baltimore, que venía con su ayudante, y con su bellísima hija Jane, que se quedan a vivir en la cabaña.

Como no podía dejar de ocurrir, dado el carácter romántico de E.R. Burroughs, tras una serie de sucesos sabiamente encadenados, Tarzán se enamora de Jane, y le escribe una carta de amor en el mejor estilo de cualquier hombre civilizado:

SOY TARZÁN DE LOS MONOS. TE QUIERO. SOY TUYO. TU ERES MÍA. VIVIREMOS AQUÍ JUNTOS SIEMPRE EN MI CASA. TE TRAERÉ LAS MEJORES VIANDAS DE LA SELVA. CAZARÉ PARA TÍ. SOY EL MEJOR CAZADOR DE LA JUNGLA. LUCHARÉ PARA TÍ. SOY EL MÁS PODEROSO DE LOS LUCHADORES DE LA SELVA. TÚ ERES JANE PORTER. CUANDO VEAS ESTE ESCRITO SABRÁS QUE ES PARA TÍ Y QUE TARZÁN DE LOS MONOS TE QUIERE.

Poco tiempo después, Jane es raptada por Terkoz, acérrimo enemigo de Tarzán, quien lucha contra Terkoz y le mata, recuperando a Jane, con quien vive un idilio en la selva.

Uno de los oficiales del barco, el teniente D' Arnot, francés, le enseña a hablar este idioma a Tarzán, y más tarde se lo lleva a Europa, y a América.

Durante el viaje, Tarzán le enseña a su amigo el diario de Lord Greystoke, que él no había podido leer porque estaba escrito a mano. El teniente, después de leerlo, se convence de que el medio mono que tenía delante no es otro que el hijo y heredero del Lord inglés. Y, para más seguridad, manda a analizar las huellas que había en la cabaña, y descubre que el cadáver pequeño no es el de un niño, sino el de un mono, por lo que llega a la conclusión de que el heredero de Lord Greystoke no es otro que Tarzán.

Van a Baltimore, donde vuelven a encontrarse con Jane, y se enteran de que está prometida con William Clayton, que, ante la creencia de que el cadáver pequeño de la cabaña es el del hijo de Lord Greystoke, es considerado el heredero de su inmensa fortuna. Ante lo cual, Tarzán, generosamente, no dice nada, y le pide a su amigo D' Arnot que guarde el secreto, mientras él se vuelve a la selva.

Así acaba el primer libro de lo que después sería una serie de 24, porque los lectores, que no se quedaron satisfechos con el final, exigieron una continuación.

LOS ANTECEDENTES DE TARZÁN.

Existen varias teorías referentes a las fuentes de información, y de documentación del autor, y aunque él reconoció siempre que no era precisamente aficionado a la lectura, por ser esencialmente hombre de acción, recordaba que, de pequeño, cuando era un niño débil y enfermizo que tenía que pasar largas temporadas en la cama, solía leer muchas obras de fantasía.

Sin embargo, no fue de niño, sino de adulto, cuando leyó «The Lost World» (1912), de Sir Arthur Conan Doyle, en la que el autor presentaba un científico que descubría un valle oculto, en la región del Amazonas, habitado por animales prehistóricos. Pero es mucho más probable que hubiera sido influído por Rider Haggard (1856-1925), que fue a Sudáfrica a los 19 años, como secretario del Gobernador de Natal, estuvo allí cuatro años, volvió a Inglaterra, y se casó con una rica heredera. Empezó a trabajar como abogado, pero pronto se cansó, y decidió, como E.R. Burroughs, que lo que verdaderamente le gustaba era escribir. En 1885 se editó «Las minas del rey Salomón», que fue un gran éxito, donde nos presenta el África negra, donde él vivió, y donde el autor de Tarzán no estuvo nunca.

A pesar de lo numeroso de la obra de E.R., fue Tarzán la más espectacular, la que tuvo que soportar más especulaciones, teorías y acusaciones sobre las posibles fuentes de inspiración. Según una de estas teorías, las novelas de Tarzán pudieran muy bien haberse inspirado en una enciclopedia de 50 centavos de la Casa Sears que contenía una amplia información sobre las selvas tropicales, o también en los recuerdos del explorador Stanley en su obra «In Darkest Africa», donde cuenta su búsqueda y posterior encuentro con Livingstone (10).

E.R. Burroughs, sin embargo, ya había explicado en varias ocasiones que la primera idea se la dió la leyenda de la fundación de Roma y los dos niños amamantados por una loba: en su lugar, él puso al hijo de un Lord inglés amamantado por una mona.

Pero está claro, y él nunca lo negó, que parte de la inspiración le vino de los «Jungle Books» de Kipling. Existía la gran diferencia de que él no había estado nunca en África, y Kipling, no sólo había vivido en la India, sino que había tenido una niñera nativa, a quien adoraba, y que le contaba toda clase de leyendas. Seguramente de sus labios conocería el pequeño Ruydard las historias de los «niños lobos», tan populares que aparecieron varios casos en los periódicos.

EL AUTOR Y SU UTOPIA.

Cuando le preguntaban cómo se le había ocurrido el tema, solía contestar que, en una especie de ejercicio de relajación, su mente prefería recorrer escenas y situaciones que no le eran familiares.

Otras veces, a la pregunta de qué simbolizaba Tarzán, él contestaba que a temas de muy diversa índole, como el conflicto entre la herencia y el medio ambiente, el hombre enfrentándose sólo con las fuerzas de la naturaleza, la búsqueda de la libertad, el escapismo...así como la rebelión frente al «contrato social».

«Quizás -reconoce el escritor- el hecho de haber vivido en Chicago, detestando las grandes ciudades, fuera lo primero que me hizo escribir sobre Tarzán, que era, en cierto sentido, mi escape de la realidad».

Este escapismo, según otro escritor norteamericano, Green Peyton, era fácil de entender en Burroughs, que veía que se estaba acercando a los cuarenta, y su vida seguía siendo, por un lado, monótona, y por otro, insegura. Por eso era normal que buscarse un semidiós de fuerza y agilidad sobrehumanas, viviendo una vida de total libertad, que, además, le proporcionaba abundantes beneficios económicos.

En los libros de Tarzán, los numerosos vicios del hombre civilizado: avaricia, hipocresía, crueldad...se presentan en oposición al orden y la justicia existentes en la selva. Tarzán mata generalmente por comer, como hacen los animales, pero, como también es hombre, a veces mata por placer, cosa que un animal no haría nunca. En cambio, cuando ve a los nativos tratar cruelmente a un prisionero, Tarzán se avergüenza de ellos.

«Sheeta, la pantera, es el único animal de la selva que tortura víctimas. Cuando Tarzán vió que los humanos eran más crueles que sus monos, y tan salvajes y perversos como la misma Sheeta, empezó a perder toda su estima por los de su especie».

Parece extraño que el autor, después de habernos presentado la maravillosa y libre vida de la selva, donde tan felices llegaron a ser Lord y Lady Greystoke (donde tan bien lo pasaron, en su breve idilio, Tarzán y Jane), decidida dejar a Tarzán sólo y abandonado, mientras su amada regresa a la civilización.

Pero el lector no tarda en comprender que no se trata más que de un dramático paréntesis: las novelas de Tarzán llegaron a alcanzar 24 volúmenes, con las más extraordinarias aventuras. Jane y Tarzán vuelven a estar juntos, para felicidad de los lectores, e incluso tienen un hijo, que no es un hijo natural sino adoptado, porque la complicada personalidad del escritor le hacía rodear a sus personajes de un extraño halo de virginidad. La vida sana en la naturaleza tenía que ser pura en todos sus aspectos.

E.R. Burroughs, que desde que se casó llevó una vida itinerante, arrastrando consigo a toda su familia, decidió, ya que las novelas de Tarzán le proporcionaban abundantes ingresos, establecerse en California, donde compró un inmenso rancho que llamó «Tarzana», en honor del personaje que le dió más fama y le hizo ganar más dinero.

Las novelas de Tarzán no tardaron en llevarse a la pantalla, y los rodajes, que se hacían en Hollywood, eran supervisados personalmente por el autor, que se había quedado a vivir permanentemente en California. Su hija Joan se casó con Elmo Lincoln, el primer actor que interpretó el personaje. Aunque después aparece una larga lista de actores, el más popular de todos fue Johnny Weismuller, un campeón olímpico de natación, de origen alemán.

Después de una vida intensa, tanto personal como profesionalmente. E.R. Burroughs murió en 1950, en su rancho californiano donde había llegado a reproducir la selva africana, importando plantas y animales exóticos.

Actualmente sus hijos mantienen desde entonces el rancho, convertido en archivo de la obra de E. Rice Burroughs, y museo de todo lo referente a Tarzán, su personaje estrella.

FIN.

NOTAS.

(1) Frye, Northrop, *The Stubbom Structure*, London, Methuen, 1970.

(2) Las utopías socialistas de E. Nesbit, en *The story of the Amulet*, y los viajes fantásticos de R. Kipling en *Puck of Pook's Hill*, son un ejemplo de utopías hacia el pasado.

(3) Northrop Frye (op. cit.) considera que la utopía de Platón no está exactamente en su «República», que es la opinión más extendida, sino más concretamente en «Las Leyes», al final del libro V.

(4) Sin embargo, Quevedo, autor del prólogo de una versión de la «Utopía» de Tomás Moro, traduce la palabra «utopía» como «no hay tal lugar».

(5) Yo me atrevería a incluir «Rebelión en la granja» (1945) de Orwell, aunque esté escrita en clave de humor negro.

(6) *Looking Backward 2000-1887*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1967.

(7) Entre las diversas biografías de E. R. Burroughs, la que me ha parecido más completa y más fiable ha sido la de Irwin Porges, *The Man Who Created Tarzan*, Brigham Young University Press, Provo, Utah, 1975.

(8) El primer nombre que le puso al noble fue el de Lord Bloomstoke, influido por la aureola literaria del Bloomsbury inglés, pero, pensando en los neoyorkinos Almacenes Bloomingdale, y no queriendo que el nombre de su protagonista se asociara a una idea comercial, lo cambió.

(9) Es curioso que tampoco los ilustradores se dieran cuenta del error.

(10) Como dato anecdótico es curioso recordar que, en el primer libro de Tarzán, cuando un oficial de Marina llega con su barca a la playa, sus primeras palabras son «Monsieur Clayton, I presume?», que todo el mundo reconoce como las primeras palabras con que Stanley saludó a Livingstone.